

## Educar de cara a la existencia

Luis Romera Oñate

*Pontificia Università della Santa Croce*

### I

La persona humana puede ser enfocada desde una multiplicidad de perspectivas, gracias a las cuales se perciben dimensiones esenciales de la misma. El punto de vista de la sociología permite el acceso al aspecto relacional del ser humano, considerando su inserción y desarrollo en el plexo de relaciones (familiares, laborales, políticas, etc.) que configuran el entramado de la vida. El enfoque cultural pone de manifiesto el carácter irreductible del hombre ante la riqueza de formas de vida de nuestro planeta; dicho en otros términos, que éste no se limita a vivir en función de dinamismos instintivos por complejos que sean, sino que lo que sostiene y determina su actitud ante la existencia estriba en lo que tradicionalmente se ha denominado lo “espiritual”: en las ideas en las que se expresa la comprensión de sí mismo y de lo que le circunda, en las pautas éticas de su comportamiento, en los valores que dan sentido a lo que emprende y permiten enjuiciarlo.

La visión histórica recuerda que la identidad de individuos y pueblos se enraíza en una herencia transmitida por los antecesores, pero también que la pervivencia de tal identidad no consiste en una reiteración inmovilista de lo recibido, sino en una creatividad que se nutre del humus heredado pero mira hacia el futuro y se afana por crecer. La perspectiva psicológica muestra la importancia de la emotividad, de las funciones imaginativas, de los modos en los que la interioridad del hombre interacciona con circunstancias, acontecimientos, relaciones, y de este modo se fragua a sí misma, se reinterpreta, se acrecienta o, por el contrario, se ofusca, se enreda, se extravía. El prisma biomédico, por su parte, abre la puerta a la dimensión somática del ser humano, cuya incidencia en la vida y en la vivencia de cada uno no necesita ser explicitada.

El elenco de puntos de vista debería proseguir, si se pretendiese ofrecer un cuadro más o menos completo de las perspectivas desde las que obtener una idea no unilateral de quién es la persona. En las siguientes reflexiones quisiera centrar la atención en un enfoque que, siendo peculiar, permite abarcarla en su conjunto. Me refiero a la perspectiva existencial del hombre, o sea, a aquella que nos sitúa frente a frente con nuestra propia existencia, en primera persona, y la considera como totalidad, no sólo en una de sus dimensiones.

El enfoque existencial ofrece dos ventajas: por una parte, su inmediatez para la experiencia de cada uno, ya que todos somos conscientes de nuestra existencia, con su idiosincrasia; por otra parte, su alcance, en la medida en que la mirada existencial no se limita a evaluar un aspecto de la vida (económico, laboral, lúdico u otro semejante), sino que aspira a hacerse cargo de la existencia de un modo integral. Este enfoque es distintivo del ser humano: cada uno de nosotros es consciente de sí mismo y de quienes nos rodean, de ahí que pueda conjugar la primera, la segunda, la tercera persona y expresarse como un yo que se dirige a un tú. Dicho "ser consciente" abraza nuestro saber acerca de la temporalidad de la vida y, en concreto, la certeza de que un día moriremos.

Consiste, asimismo, en la percepción de que la propia existencia está dotada de una unidad a pesar de la multiplicidad de sus etapas. Junto a ello, la conciencia del hombre recuerda incesantemente el papel que juega la libertad en los derroteros por los que discurre la existencia. La persona se va forjando a lo largo de su vida según las circunstancias externas en las que se encuentra (de índole geográfica, histórica, social, familiar) y de sus estados (salud o enfermedad, éxitos o fracasos); con todo, siempre en virtud del ejercicio de su libertad. Por ello, el ser humano es capaz de enfrentarse consigo mismo de un modo integral y goza de la facultad de deliberar sobre su existencia globalmente.

Lo que ahora hemos evocado de un modo somero, apelándonos a nuestra experiencia ordinaria, conduce a una conclusión, a saber, que la existencia se nos presenta como una tarea intransferible, que a cada uno compete afrontar, sin posibilidad de delegarla: la tarea de llevarse a cabo. Detengámonos un momento a considerarlo.

## II

Aristóteles, como es sabido, identificó en la felicidad el motivo último por el que se mueven los hombres; en el fondo -convenimos- todo ser humano la anhela. Sin embargo, precisar en qué consiste ser feliz no es cuestión de poca monta. Aristóteles observa que la felicidad no puede restringirse a un mero estado de ánimo, a una sensación placentera, a un

sentimiento arrebatador, aunque puedan ser manifestaciones de la misma, pues, por intensos o estables que parezcan, son siempre pasajeros y, en ocasiones, se refieren a un estrato superficial de la persona. Para Aristóteles, la felicidad humana debe ser coherente con lo propio de su ser, con su dignidad y con su temporalidad. Si la felicidad no se reduce a un estado emotivo, se debe a que consiste en algo de mayor envergadura. Aristóteles lo expone indicando que la felicidad reside en un *modo de vivir y de actuar*. ¿Qué modo de vivir? El que responde *plenamente* a la constitución específica del hombre. ¿Qué modo de actuar? El que, siendo expresión de dicho modo de vivir, se da de forma asentada, no fluctuante y a merced de las circunstancias. En definitiva, la felicidad estriba en vivir y actuar según lo que cabría denominar una vida plena o lograda, y ello no intermitentemente, dependiendo de factores extrínsecos o de los estados por los que transcurre la vida, sino de un modo estable.

El anhelo de felicidad del hombre no responde, por lo demás, a un deseo implantado desde fuera o a una ambición egoísta. En la historia, como también hoy en día, constatamos, por desgracia, concepciones egocéntricas de la felicidad; pero igualmente encontramos comprensiones de la misma que la establecen en la actitud de vivir de cara a los demás, como la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI ha recordado. Sin embargo, dado que la existencia humana dice temporalidad y se encuentra sometida a una sucesión de avatares de diversa índole, algunos positivos, otros negativos, la aspiración a una vida colmada se nos presenta como una tarea, encaminada a alcanzar algo que no se nos otorga de antemano, ni está asegurado contra todo riesgo.

Aristóteles entiende la felicidad en términos de finalidad (o teleológicos, *telos*: fin en griego). Me explico. Para el citado pensador, el hombre está dotado de una identidad esencial, por la que es quien es y no otra cosa. Sin embargo, el ser humano no es un ser estático; por el contrario, está llamado a desarrollarse, con su inteligencia y libertad, y llegar a ser cabalmente sí mismo. La existencia consiste en último término, afirma Aristóteles, en un “encaminarse hacia sí mismo, hacia la plena realización de sí”. Cada uno de nosotros es ya quien es, ese “sí mismo” que somos; sin embargo, cada uno está llamado a serlo en plenitud –a alcanzarse a sí mismo– y en ello radica precisamente la felicidad.

Por eso, desde una perspectiva aristotélica, la felicidad no responde a un deseo amorfo, cuyo contenido queda a merced del capricho de cada cual. La felicidad se logra cuando el hombre es sí mismo de un modo cumplido; de ahí la urgencia por reconocer nuestra auténtica identidad y el fin (*telos*) al que apunta, porque en la medida en que lo alcancemos, en esa medida seremos nosotros mismos en plenitud y obtendremos lo propio de la felicidad. Por el contrario, encaminarse en una dirección divergente con respecto al fin del ser humano, siguiendo pautas de conducta antitéticas a la propia

identidad, significa perderse a sí mismo y, a la postre, malograrse como persona.

Aristóteles reconoce que las circunstancias (como por ejemplo el éxito o el fracaso en nuestras ocupaciones) y los estados (la salud o la enfermedad) no quedan al margen de la porfía cotidiana por alcanzar una vida lograda. Sería ingenuo negarlo. Sin embargo, también subraya que lo auténticamente humano trasciende tanto lo uno como lo otro. La felicidad no la da el dinero, se dice con razón; ni el sufrimiento nos priva de nuestra dignidad. Ser sí mismo no depende de lo que nos acontece, sino de lo que nosotros hacemos de nosotros mismos en medio de lo que nos ocurre.

La perspectiva de la existencia que hemos esbozado no se ha olvidado a lo largo de la historia. Su relevancia impide desdeñarla. En el siglo XX, por ejemplo, Martin Heidegger ha vuelto a llamar la atención sobre dos peculiaridades de la existencia humana. Por un lado, subraya que ésta se nos presenta como un quehacer personal –confiado a nuestra iniciativa y responsabilidad– cuya entraña consiste en la misma existencia. En otras palabras, lo que está en juego en nuestra existencia es la existencia misma.

Por otro lado, el pensador alemán advierte que el gran peligro de la existencia reside en el riesgo de la inautenticidad, es decir –cabría explicitar al margen del modo concreto en el que lo entiende Heidegger–, si el hombre está llamado a encaminarse hacia sí mismo, también se le presenta la posibilidad de perderse, de enajenarse (ser ajeno a sí mismo) o alienarse (ser otro, *aliud*). Para Heidegger, el hombre incurre en la inautenticidad cuando se identifica con sus ocupaciones o con la masa impersonal de sus conciudadanos, hasta tal punto que confunde su persona con sus afanes o con las pautas de moda (lo que se dice, lo que se piensa), llegando a difuminarse. Para Kierkegaard, a esta modalidad de ser inauténtico se añade otra, todavía más radical: la de negarse a reconocer y aceptar la propia condición, concretamente, recusar que el hombre solamente llegará a ser sí mismo en plenitud si se relaciona con Dios. He aquí para el pensador danés la gran paradoja de la existencia humana: su fin, la plenitud de sí, se logra abriéndose a Dios.

Kierkegaard retomaba y perfeccionaba, de un modo cristiano, la indicación socrática acerca de lo que arruina la existencia humana. Como se recordará, en cierta ocasión Sócrates preguntó a un interlocutor qué es preferible, cometer la injusticia o padecerla. Ante la respuesta de que es mejor cometerla, porque de ese modo nos evitamos un sufrimiento, Sócrates responde que en verdad es preferible padecerla, porque el mal recibido –el daño– aunque posee una evidente incidencia en la vida, no transforma de por sí la intimidad radical del hombre, mientras que cometer la injusticia significa convertirse intrínsecamente –uno mismo– en malo.

La tarea de llevarse a cabo como persona no es empresa fácil. No se agota en plasmarse en cuanto ciudadano (cumpliendo las obligaciones

cívicas requeridas por la sociedad) o en cuanto trabajador (desempeñando con eficiencia la propia ocupación profesional) o en cuanto organismo (cuidando de la salud). A este respecto, Gabriel Marcel nos previene contra el peligro de reducir la persona a un haz de funciones. En la sociedad contemporánea se constata la tendencia en algunos sectores a considerar al hombre a la luz del modo en que desempeña una serie de funciones, es decir, de los resultados que obtiene en determinados ámbitos sociales o privados: económico, de reconocimiento público, deportivo, político, sentimental, etc. Llevarse a cabo como persona engloba lo dicho, pero no se limita a uno de estos ámbitos ni siquiera a la mera yuxtaposición de todos ellos. El hombre no es el sumatorio de una serie de funciones. Por lo demás, la experiencia muestra la facilidad con la que surgen tensiones entre las distintas dimensiones de la vida: entre las necesidades laborales y las exigencias familiares, por poner un ejemplo. Si a ello se juntan las dificultades y contrariedades que la vida comporta, el cometido de llevarse a cabo no puede darse por descontado.

En este cuadro surge el tema de la educación de la persona.

### III

¿Qué significa “educar”? Una primera respuesta podría rezar: educar consiste en el proceso de transmisión de saberes y actitudes que preparan para la vida. Por lo que respecta a los contenidos, cabría indicar que la educación comporta en primer lugar instruir. Es evidente que la instrucción permite hacerse con una serie de capacidades operativas —que van desde la lectura al cálculo, desde saber manejar una computadora hasta el dominio de idiomas, desde el aprendizaje de técnicas agrícolas o industriales hasta la habilidad para administrar el propio patrimonio— que abren un sinfín de posibilidades. Por otra parte, la instrucción suministra un conjunto de conocimientos científicos, que son condición de posibilidad para poder ser creativos y progresar en nuestro mundo.

Sin embargo, el cometido del educador no se agota en la instrucción. Los conocimientos que ofrecen las ciencias poseen una relevancia indudable, tanto desde un punto de vista cognoscitivo como práctico. No obstante, son insuficientes en la medida en que las ciencias, con su rigor epistemológico, se ciñen a campos específicos de la realidad, bien delimitados por lo que se refiere a sus respectivos objetos de estudio y a sus metodologías. La competencia en el ámbito de la física cuántica no garantiza la pericia en el campo de la vulcanología; así como no es legítimo que el sociólogo invada el terreno del psicólogo, so pena de incurrir en un reduccionismo craso. Las ciencias brindan conocimientos sectoriales de la realidad. Limitar el estudio a lo que ellas aseveran supondría confinarse en

visiones aspectuales, más o menos articuladas en algunos casos, en otros meramente yuxtapuestas.

Análogamente acaece con el aprendizaje de técnicas. Gracias a ellas se obtienen resultados con un rendimiento y una eficiencia que serían ilusorios sin las mismas. Sin embargo, las técnicas se circunscriben a campos concretos y a las prácticas operativas que en ellos se ejecutan: no atienden a la persona de un modo integral, no se cuestionan la legitimidad de los fines que se persiguen, no poseen los recursos necesarios para armonizar las diferentes dimensiones del hombre unitariamente. Con las ciencias sectoriales y las técnicas, el ser humano no es capaz de enfrentarse con su existencia como totalidad. La instrucción, en la acepción del término en que hemos acuñado, dispone para operar con rigor, sin errores, en la medida de lo posible, con rapidez y eficacia; pero se restringe a menudo a enseñar a seguir instrucciones. Dicho con mayor precisión, limitarse a los conocimientos científicos y a las habilidades técnicas implica abandonarse a una razón sectorial e instrumental.

Las consecuencias de una educación que se reduce a instruir se pueden adivinar. Fomenta el aparecer de un hombre fragmentado en una multiplicidad de dimensiones (profesionales, afectivas, lúdicas, políticas, económicas) no armonizadas porque carece de la instancia intelectual a la luz de la cual integrarlas, así como de los recursos operativos para cultivar su acuerdo. La instancia intelectual a la que nos referimos corresponde a un horizonte de comprensión del hombre que permite hacerse cargo de él como una totalidad. De faltar, se acaba con un individuo escindido interiormente según los intereses de las diferentes esferas de su existencia, en tantas ocasiones contrapuestos o en tensión, precisamente porque se encuentra privado de la visión integral que permite orientarse como persona (no como función) y enjuiciar tanto dichos intereses como los medios para lograrlos en vista de la tarea de llevarse a cabo, anteriormente traída a colación.

Por su parte, los recursos operativos que permiten la realización efectiva, en la vida cotidiana, de la armonía u orientación identificada intelectualmente, se refieren, como es evidente, a las virtudes, gracias a las cuales la persona se encamina de hecho hacia sí misma, hacia su plenitud. Sin ellas, el hombre oscila en función de los impulsos que brotan en su naturaleza –con sus vaivenes y tensiones–, de los intereses inmediatos que se le presentan, de una emotividad sin orientación y, por ello, fluctuante, sino contradictoria. Con lo dicho no se pretende minusvalorar la dimensión afectiva, sino todo lo contrario, protegerla en cuanto afectividad *humana* y permitirle su incremento. La virtud consiste en una traducción operativa del discernimiento llevado a cabo por la inteligencia acerca de lo auténticamente humano en los diferentes ámbitos de la existencia, dado que la experiencia testimonia que hay reacciones emocionales que deben ser promocionadas (como la compasión) y otras que requieren ser corregidas

(como los arrebatos de ira). Desde esta perspectiva, es claro que la ética, lejos de aprisionar a la persona en un código de normas restrictivas, que coartan la libertad, permite el crecimiento como persona y, por ello, el desarrollo auténtico de la libertad. Vivir al margen de la ética supone, por el contrario, optar por la enajenación de sí, lo que conlleva, a la larga, una merma en la propia libertad.

Volvamos al tema que ahora nos interesa. Si educar, en una primera acepción, implica transmitir saberes y actitudes de cara a la existencia, y ésta se nos revela como una tarea que compete a cada uno y que consiste en llevarse a cabo, entonces se debe concluir que el educador, o instancia formativa, no puede limitarse a instruir. Lo que está en juego es el logro de la persona como persona, de un modo cabal. La educación concierne, por lo tanto, además de las ciencias y de las técnicas necesarias en la sociedad contemporánea, una visión del hombre que cabría denominar "sapiencial", es decir, una comprensión de carácter integral de quién es el hombre, de en qué consiste su identidad y de en dónde radica la plenitud de la misma, su fin. Para ello son imprescindibles las humanidades, en donde se nos ofrece la experiencia histórica de la humanidad, con una sabiduría vital que, en algunos casos, es más instructiva que numerosos discursos abstractos. En segundo lugar, se requiere una formación filosófica de alcance ontológico, a través de la cual la inteligencia se eleva hasta la perspectiva con la que enfrentarse reflexivamente con la cuestión de la existencia en cuanto totalidad.

Ahora bien, la educación a la sabiduría a la que nos referimos se consigue, sobre todo, gracias a la enseñanza religiosa, porque la religión establece el horizonte definitivo en el que comprender al hombre integralmente, como persona, y no sólo en alguna de sus dimensiones. La religión ofrece la perspectiva decisiva para orientarse en la vida y decidir cómo conducirse en ella, en la medida en que permite identificar lo radical y lo último de la misma. Privar a la persona de la enseñanza religiosa implica desproveerla de lo más importante de cara a su existencia, en cuanto tarea a llevarse a cabo.

De todos modos, es menester advertir que la formación religiosa no se agota en una serie de clases de religión, en el sentido usual del término. La enseñanza religiosa se adquiere también en la vida ordinaria, en el modo de comportarse, de enfocar las diferentes materias educativas, de enjuiciar acontecimientos recientes o pasados. Tanto la comprensión de la historia, de la literatura, de la biología, como la modalidad de las relaciones habituales con amistades, colegas, compañeros, etc. se asientan en una base definida por las convicciones religiosas (o por lo que las sustituye). La religión no es ajena a la inteligencia ni lo ha obtenido por la razón a lo largo de la historia. Por eso cabe profundizar en los contenidos religiosos y mostrarlos con su inteligibilidad, permitiendo percatarse de su relevancia para comprender la



realidad y de su incidencia para enfocar la existencia hacia la plenitud de nuestra identidad como hombres. Marginalizar la fe supone renunciar a la inteligibilidad definitiva del hombre y de la realidad que nos circunda, así como prescindir del criterio último para discernir el itinerario que nos permite encaminarnos hacia nosotros mismos de un modo pleno.

A la luz de lo que llevamos dicho, creo que podríamos terminar estas breves consideraciones acerca de la educación de la persona con tres conclusiones. En primer lugar, subrayando la importancia de la formación sapiencial para la persona. En segundo lugar, recordando la relevancia de la formación ética. De estas dos primeras consecuencias se obtiene un corolario práctico: el derecho que poseen las familias a decidir el centro educativo para sus hijos, así como el derecho de la Iglesia a ofrecer escuelas en las que los padres puedan brindar a sus hijos, en el uso de su libertad, una enseñanza adecuada a la persona. De lo contrario, la educación corre el riesgo de convertirse en adoctrinamiento por partes de instancias (políticas, culturales, económicas) con actitudes despóticas, en el caso extremo.

En tercer lugar, cabría precisar el concepto de educación que hemos presentado. Educar estriba en un transmitir, pero no con el afán de imponer al hombre algo que acaba coartando su libertad. La educación consiste, en último término, en ayudar a llevarse a cabo, es decir, a extraer algo que todo hombre posee inscrito en sí mismo (su identidad) y que hay que poner de manifiesto para reconocer la finalidad a la que apunta y realizarse en cuanto sí mismo. Educar etimológicamente nos habla de extraer y acrecentar: *educere, ex-ducere*. Educar a la persona radica en ayudarle a ser sí misma en plenitud.